



Facundo Giménez  
*La línea clara. La poesía de Luis Alberto de Cuenca*  
Sevilla  
Renacimiento  
2022  
216 páginas

PALABRAS CLAVE: LUIS ALBERTO DE CUENCA— POESÍA  
ESPAÑOLA— CONTEMPORÁNEA— CULTURALISMO  
KEYWORDS: LUIS ALBERTO DE CUENCA— SPANISH  
CONTEMPORARY POETRY— CULTURALISM

## La trayectoria literaria de Luis Alberto de Cuenca

José Ángel Baños Saldaña <sup>1</sup>

La editorial Renacimiento ha publicado el libro *La línea clara. La poesía de Luis Alberto de Cuenca*, de Facundo Giménez, a finales de 2022. Con un título que ilustra rigurosamente su contenido, esta investigación se erige en un trabajo de referencia para conocer la trayectoria del autor. En sus páginas no solo se ahonda en la larga travesía artística de De Cuenca, abordada desde sus primeras publicaciones hasta *Bloc de otoño* (2018), sino que también se aportan datos y análisis relevantes para la comprensión de la historia de las dos generaciones canónicas más recientes —la generación del 68 y la poesía de la experiencia—. Todavía más, en este volumen Giménez demuestra afrontar la investigación histórico-literaria como un reto que no solo requiere la dilucidación del texto en sí, sino que también exige entender apropiadamente el proyecto autoral, el circuito editorial, las circunstancias históricas y los condicionantes sociales.

---

<sup>1</sup> José Ángel Baños Saldaña es Doctor en Literatura Española por la Universidad de Murcia, donde se ha especializado en poesía española contemporánea, autorreflexión y transreferencialidad. Mail de contacto: [joseangel.banos@um.es](mailto:joseangel.banos@um.es)

El lector rápidamente percibe que la estructuración del libro responde a un esfuerzo sistematizador con el que se persigue superar algunos escollos teórico-críticos, pues bien es cierto que la poesía de De Cuenca, colindante con diversas perspectivas estilísticas, ha generado frecuentes debates y discusiones. Las principales necesidades de los estudios sobre De Cuenca se despliegan en una estructura intelectual armónica, mediante la que se incluye un “Prefacio”, una primera parte titulada “La línea clara: una prehistoria” —esta, a su vez, contiene nueve puntos de referencia—, un segundo momento denominado “La línea clara y Luis Alberto de Cuenca” —también desglosado en nueve subapartados— y, por último, “Una nota final: las tradiciones de Luis Alberto de Cuenca”.

En el “Prefacio” hallamos la premisa responsable del éxito del volumen: cuando el poeta estudiado reivindica la “línea clara”, está ejecutando una “astucia autoral” (p. 10) por la que diseña una obra que construye su propia historicidad. Esta revelación inicial de Giménez conduce a su receptor a un horizonte de lectura especialmente marcado por los dominios de la intencionalidad, el posicionamiento en el campo literario y la autorreflexión. En síntesis, estas líneas introductorias no funcionan tanto como constatación, sino como aliciente y desafío: quien llegue a este libro no se quedará en la demarcación superficial de un estilo, sino que aprenderá cómo este se gesta, evoluciona y se consolida como una tendencia que, en este caso, se propone como reclamo de individualidad.

Una vez delimitadas la tesis fundamental y la voluntad analítica, la primera parte del libro ofrece nueve indicadores que configuran la “prehistoria” o el contexto previo al concepto de “línea clara”. Primeramente, Giménez aborda el marco epocal en el que el poeta estuvo a la zaga. A finales de los sesenta y principios de los setenta, algunos jóvenes escritores, amparados por Castellet, propugnaron “Una ‘nueva sensibilidad’”: en la estela de este proyecto se ubican sus dos obras más precoces (*Los retratos* [1971] y *Elsinore* [1972]). En este subapartado se explora la fusión de vanguardia y juventud a propósito de la antología *Nueve novísimos*, se examinan los rótulos aplicados a estos escritores (“novísimos”, “venecianos”, “escuela de Venecia”, “poetas del 70”, “generación del 68” o “generación del lenguaje”), se advierte la heterogeneidad de los proyectos sesentayochistas y se inspecciona la determinación de la formación artística a través de formatos que van más allá de lo literario, lo que se contempla como el adalid de una renovación estética. Así pues, seguidamente se justifica la “Poética novísima de *Los retratos* (1971) y *Elsinore* (1972)” y el hermetismo expresivo de ambos textos, que, por otra parte, en la obra de 1972 conforma un principio constructivo.

El tercer bloque atañe a la relación entre “Poesía y *mass media*”. Aquí se aprecia la importancia de conocer el contexto en que lo literario se produce. Giménez emprende un recorrido por la historia de España en los años setenta; concretamente,

se centra en cómo el tejido social se reconfigura a partir de 1962 y, sobre todo, en cómo en los últimos años del franquismo y en el posfranquismo acontecen cambios políticos, económicos y culturales, como la entrada del capitalismo, el desarrollo de la industria o la ley de prensa, que desencadenaron el protagonismo de los medios de comunicación de masas y, en consecuencia, el asentamiento de la industria cultural. Como se anota, tanto es así que en estos años no solo existe una masificación de la cultura elitista, sino que también hay una elitización de la cultura de masas.

Retomando lo estrictamente literario, el punto cuatro, “Una estética antiverista”, recae sobre el carácter epocal y sobre la inclinación luisalbertiana. Frente a la postura del realismo, que demandaba una referencialidad plena, los jóvenes trataron de vincular a España con el clima europeo: como se indica en el punto cinco, ello implicó que se desarrollara “Para otra poesía, otra tradición”. Aquí se expone la influencia selectiva de la lírica del 27 (Aleixandre o Cernuda), de la poesía trovadoresca provenzal, del barroco, del simbolismo, del modernismo, del surrealismo, de escritores menos populares en la posguerra (el grupo Cántico o el postismo), de los autores que se alejaron de lo social (Claudio Rodríguez, Valente, Barral o Gil de Biedma) y de vates internacionales, como Ezra Pound, Saint-John Perse, Cavafis, T. S. Eliot, Mallarmé, Rimbaud, la generación *beat*, Gironde, Lezama Lima u Octavio Paz.

El sexto subapartado, “Después de Franco, el silencio”, atestigua el periodo de no publicación de De Cuenca, comprendido entre 1972 y 1978. Principalmente, el autor dedicó su tiempo a la formación filológica hasta que en el año 1978 volvió al ruedo lírico con *Scholia*, que, si bien atenuaba el hermetismo, todavía distaba del abandono del culturalismo, la erudición y la inaccesibilidad. Nuevamente, se producirá otro periodo de silencio (entre 1978 y 1983), que Giménez analiza en “El desencanto. Del esolío a la *Necrofilia*”, donde anota, además, que De Cuenca mantiene una praxis discursiva afín a la de *Scholia*. Sin embargo, hay un desencanto más trascendente, que se estudia en el punto octavo —“El otro desencanto: la ‘Movida’”— y que afecta al cambio en la escritura de De Cuenca hacia la mitad de los años ochenta: “El paso de De Cuenca por la ‘Movida’, que se da entre 1979 y 1984, [...] será clave para comprender el rotundo viraje de su obra que se consolidará en 1985, con la publicación de *La caja de plata*” (pp. 70-71). Giménez atisba un dato esencial para el desarrollo del proyecto luisalbertiano: en estas fechas su estilo literario conserva el tesón erudito (sirva de ejemplo *Necrofilia* [1983]), pero paralelamente el poeta ensaya el desparpajo de los procedimientos de su obra posterior, que implican la asunción de una postura diferente, al actuar de letrista de la Orquesta Mondragón. Para finalizar la configuración de esta prehistoria, la investigación no descuida la conexión entre “Luis Alberto de Cuenca y las

antologías” de su tiempo, en las que se percibe que, dentro de la estética novísima, fue un autor periférico y tardío.

Así se culmina la primera parte, que se muestra especialmente útil para el entendimiento acertado de la evolución de su concepción de lo literario, que pretende acercarse al lector. El año de publicación de *La caja de plata* (1985), obra que recibió en 1986 el Premio de la Crítica, le ha servido a Giménez para situar el “punto de arranque de otra poética que [...] llamaremos de ‘línea clara’” (p. 85). A la explicación de esta periodización corresponde la segunda parte (“La línea clara y Luis Alberto de Cuenca”), que se inicia con un subapartado que versa sobre “El divorcio de la estética novísima”. De la mirada atenta al libro de 1985 se desprende un catálogo de procedimientos que, sumados al hecho de que un autor afín a lo “novísimo” remarque ese divorcio, fomentaron su amplia recepción, verbigracia la comprensión ficcional del texto poético, la conexión con otros géneros literarios, el uso de formas tradicionales, el culturalismo cómplice, las referencias a lo urbano, el uso de un lenguaje coloquial, la inclusión disimulada de elementos pertenecientes a la biografía, la inclusión de la cultura popular, la ruptura de las fronteras entre alta y baja cultura, la asunción de un tono cordial o la búsqueda del humor por medio de quiebros irónicos.

Esta separación con respecto a lo “novísimo” generó una nueva asociación, que se trata en el segundo punto, titulado “Luis Alberto de Cuenca y ‘la poesía de la experiencia’”. La nueva tesitura de De Cuenca coincide con el desarrollo de “la otra sentimentalidad” y con la disolución de esta última tendencia en una corriente más general, la poesía de la experiencia, con la que De Cuenca coincidía en el carácter urbano y en la inclinación hacia el discurso íntimo. Con todo, Giménez apunta que De Cuenca se hace difícilmente asimilable a los autores experienciales si se tiene en cuenta la vertiente rehumanizadora que aunaba ética e historia. Resulta sintomático que De Cuenca recurriera a una expresión derivada de las historietas, la *ligne claire*, para desmarcar su estilo. Su pretensión de legibilidad, por tanto, no es equiparable a la de lo experiencial: “A partir de aquella expresión historietística, el poeta madrileño logra desvincularse de las propuestas de *La otra sentimentalidad* apuntando a una comprensión retórica del texto poético, sin necesariamente enfrentarse a ellas” (p. 106).

Seguidamente, Giménez expone un rasgo común a los libros de este ciclo renovado —*La caja de plata*, *El otro sueño* (1987) y *El hacha y la rosa* (1993)—. Si en los textos pretéritos De Cuenca diseña una construcción del espacio de tamiz “topofóbico”, en las tres obras mencionadas reluce lo urbano, especialmente Madrid, y su efecto inmediato, de ahí que se incluyan familiares, amigos o parejas, y que se deslice un tono narrativo que abunda en lo anecdótico. Tras estas publicaciones, llega un año decisivo en la trayectoria del autor: “1996”, cuya trascendencia se desglosa

en el cuarto subapartado. La tríada de publicaciones anterior se había editado con Renacimiento: no deja de ser un dato curioso que, cuando los poetas de la otra sentimentalidad abandonan Andalucía para dar sus textos a imprentas madrileñas, De Cuenca emprendió su camino con una editorial andaluza. Ahora bien, precisamente en 1996 volvió a una editorial madrileña, Visor, y esto desencadenará un “espacio que consolidará nacionalmente su obra” (p. 119). Otro logro relevante alcanzado en 1996 fue el nombramiento de Director de la Biblioteca Nacional (1996-2000). Además, Giménez destaca que en el mismo año apareció la primera edición crítica de su obra, realizada por Juan José Lanz en Cátedra, donde se “inicia un proceso de borramiento de su pasado novísimo y, al mismo tiempo, otro de desplazamiento hacia la poesía de la experiencia” (p. 120). Con todo, el investigador advierte que las publicaciones de Visor en esos años —*Por fuertes y fronteras* (1996), *Sin miedo ni esperanza* (2002) y *La vida en llamas* (2006)— conforman un ciclo literario con el que De Cuenca se distanció de la poesía de la experiencia.

Este aspecto se continúa exponiendo en “La línea clara y el vitalismo”. La aparente cercanía a la vida y la defensa de la claridad quedan encauzadas por De Cuenca en el dispositivo retórico que gobierna el artificio poético: “La polémica —silenciosa e invisible— que la línea clara libra con la poesía de la experiencia se enfoca en una de las nociones más relevantes para la poesía de los ochenta y noventa: la vida” (p. 128). Para Giménez, la aportación de De Cuenca es la aproximación a la vida desde una representatividad artística que vacía la experiencia vital en favor de la autonomía y la autorreferencialidad de la escritura. En consecuencia, los juegos a propósito de la relación entre el arte y la vida —esto es, la literaturización de lo vital— hacen adoptar una revisión del pasado con la intención de poner el foco de atención en el presente. En el sexto punto, “La línea clara: entre la posmodernidad y el clasicismo”, no solo se aborda el proceso de normalización de la cultura, sino también se detalla lo que Giménez denomina “enunciación paradójica” (p. 147).

Por otra parte, el subapartado séptimo recoge “El problema de la doble filiación” que el lector puede haber observado a lo largo del libro. La obra de De Cuenca se ha considerado, a la vez, “novísima” y experiencial, hermética y clara, erudita y vital; sin embargo, se ha tardado más en apreciar que, a partir de las tres publicaciones en Visor, el poeta auspicia un proceso de estabilización mediante el que se desliga de sus textos más oscuros, desencadenando una “fractura de esa doble filiación” (p. 153). Por ende, la poética de “línea clara” no refuerza la doble filiación, sino que la matiza. Será a partir de esta propuesta cuando el poeta comience a presentar una mirada retrospectiva hacia su obra.

Específicamente, Giménez anota que, después de *La vida en llamas* (2006) y a partir de *El reino blanco* (2010), se inicia un ciclo de diversificación de su producción que depara “Una línea clara, una línea oscura” —título del octavo

punto—. Aquí se alumbra el momento en el que se volvió a dar a conocer su producción anterior a la línea clara. Giménez alcanza dos conclusiones a este respecto: por un lado, De Cuenca aspiró a ofrecer una comprensión histórica de su corpus poético; por otro, teniendo en cuenta los retoques que aplicó a los textos pasados, cabe señalar que se pretende ejercer otro movimiento de estabilización y estilización de la totalidad de su producción.

El último punto de esta segunda parte, denominado “‘Una línea clara cada vez más oscura’: la poesía de senectute de Luis Alberto de Cuenca”, precisa que el proceso de diversificación recién mencionado se complementa con una escritura que acude a temáticas poco frecuentes en la etapa de línea clara, como la vejez, la niñez, la muerte y los sueños. Así se corrobora en los libros publicados desde 2010 hasta 2018: *El reino blanco*, *Cuaderno de vacaciones* (2014) y *Bloc de otoño* (2018). Todavía más, la temática de estos volúmenes solía formar parte de las publicaciones de su etapa “novísima”. El “ciclo de senectud” (p. 165) del poeta parece revisar, también, el conjunto de su trayectoria.

Por último, Giménez incluye “Una nota final”, en la que rastrea “las tradiciones de Luis Alberto de Cuenca”. Cabe destacar aquí la complejidad de la recreación del mundo artístico desde dentro de la obra del poeta. Para Giménez, la apropiación de referencias tiene su razón de ser en la presentización del pasado. No se trata de una mera alusión pasiva, sino que el investigador sostiene que la revisión de la tradición en De Cuenca despliega una dimensión performativa con la que el texto resalta su autonomía y, a la vez, el autor diseña guiños cómplices a sus lectores.

En síntesis, esta publicación ha logrado convertirse en un estudio indispensable para la investigación y la docencia desarrolladas a propósito de Luis Alberto de Cuenca. No solo por la calidad de sus contenidos, sino por la pertinencia de su fecha de publicación, este libro era necesario: nunca es un mal momento para que el lector o el especialista en poesía española disponga de un volumen novedoso, preciso y compendioso sobre uno de los autores mayores de la poesía actual. Contagiado por la línea clara del poeta estudiado, Giménez expone con habilidad enunciativa y claridad intelectual aspectos de gran carga teórica y de una relevancia histórico-literaria notable. Conviene resaltarlo: en tan solo 216 páginas Giménez ha sido capaz de dar cuenta de una trayectoria completa. Arduo trabajo y muy digno de leer y releer, *La línea clara. La poesía de Luis Alberto de Cuenca* deviene en un libro fundamental para la comprensión de la literatura española más reciente.